La sociedad democrática ha generado resistencia desde que el modelo que persigue tiene nombre. Los más reverenciados filósofos de la antigüedad diferían con la idea fundamental del gobierno por los ciudadanos (Bobbio, 1987). Durante la mayor parte de la historia, la democracia fue relegada a los márgenes y no fue tan seriamente considerada como una alternativa viable hasta fines del siglo XVIII y principios de XIX, convirtiéndose en la forma mejor instalada en casi todo el mundo. Pero ninguna posición ideológica es inmune a la crítica y lo interesante de estudiar las críticas a la sociedad democrática es la fuerza con la que arremetieron contra esta y a pesar de lo cual fallaron en acabarla.

Tampoco es algo tan fácil de criticar como Hobsbawm (1998) podría sugerir al describir una de las primeras arremetidas contra el orden liberal democrático en Europa en 1848. Constituida la sociedad democrática, la naciente ideología comunista que le va a dedicar sus críticas busca hacer de la democracia liberal un monolito. Marx (1964) plantea la necesidad de destruir la sociedad democrática porque nada hay tan contrario a lo que pregona el liberalismo como la propia forma en la que se desarrollaba en ese momento. Con una masa de obreros oprimidos por clases burguesas enmudecidos por la propia condición que no les permite elevar sus voces difícilmente puede decirse que el pueblo es libre y mucho menos que es gobernante.

La realidad es que referirse así a los principios del liberalismo es incorrecto, en tanto es una corriente mucho más compleja, variada y flexible de lo que el análisis comunista dejaría ver. Ni con respecto a su actitud hacia el rol del estado, hacia los mercados o aun el secularismo había consenso entre los pensadores liberales (Jones, 2011). De hecho, tanto es así que los propios descendientes ideológicos de Marx llegaron a apoyarse en las virtudes de una sociedad democrática. Los partidos de izquierda más notables en Europa hacia el cambio de siglo eran los partidos socialdemócratas, cuyo revisionismo encuentra la compatibilidad entre las instituciones establecidas y la ideología de liberación obrera (Kolakowski, 1980)

Esto sugiere que una sociedad democrática no es la negación de sus opositores. De hecho, un fundamento central en la sociedad democrática es la libertad de la que deben gozar todos los miembros de ella. Esto lleva a concluir que lo mismo que permite el pensamiento libre puede llegar a eliminarlo. El hecho de que inevitablemente de a lugar a ideas que se oponen a una sociedad democrática puede ser su perdición (Mill, 1984). No perduró la coexistencia de la sociedad democrática y el socialismo y por la izquierda volvieron a atacar aun a los más relevantes seguidores de Marx en el momento considerados por Lenin (1997) tergiversadores del dogma comunista.

En el siglo XX se reanuda el desprecio visceral hacia la sociedad democrática y cobra tanta fuerza como nunca. El mismo pueblo que es nominal gobernador comienza a desconfiar de la sociedad democrática que más que generar una comunidad armoniosa parecía ser la causa de todas las desgracias que acaecían —por lo menos lo era en la convincente retórica que se le oponía—(Evans, 1991). En Alemania, procura el poder el partido Nazi y la revolución rusa no ve una administración democrática ni siquiera un año antes de que el régimen comunista tome el mando del Estado.

El denominador común en las críticas a la sociedad democrática es la burguesía. Es el odio de clase que permite su triunfo. Según Furet (1995), “la burguesía (...) constituye para Lenin y para Hitler el chivo expiatorio de las desdichas del mundo.” (p. 17) Es útil contrastar estos desarrollos con otra sociedad democrática: Estado Unidos. Tocqueville (1987) hace hincapié en qué tanto se distingue Europa y América en que no se identifica claramente una clase burguesa y las aspiraciones de asenso social son tangibles. Si observamos que en Estados Unidos no hubo un movimiento contra la sociedad democrática ni cerca tan fuerte como en Europa, se puede decir que, si no está tan claramente definida la clase burguesa, el discurso opositor no tiene uno de sus puntos más convincentes.

Porque el discurso comunista y el fascista es sumamente atractivo, especialmente para toda la nueva masa de gente desilusionada con lo que prometió el liberalismo y que a la vez que disfrutan de lo que cumplió. Especialmente el socialismo, que no decía eliminar completamente lo que hizo a algunos defender al liberalismo, sino que pretendía profundizarlo y llevarlo hasta su máxima expresión. Aunque en su ideología se encuentran posiciones en favor de la representación y aún de la burocracia (Lenin, 1997), el punto es que la sociedad democrática lo estaba haciendo incorrectamente. Sólo el comunismo podía hacerlo bien y, en cierto punto, el discurso es tan utópico y, por ende, atrayente, como alguna vez lo fue la libertad revolucionaria de 1789.

El cambio suele ser más movilizante que la defensa del statu quo. Ahora la sociedad democrática era el statu quo y las alternativas buscaban el cambio. “La revolución es una ruptura en el orden común de los días, al mismo tiempo que una promesa de felicidad colectiva en la historia” (Furet, 1995). Allí yace la motivación de criticar a la sociedad democrática. Aun el fascismo, una ideología eminentemente conservadora, se distingue por su adopción de la revolución como medio aceptable. El fascismo busca, a diferencia del comunismo, resaltar lo individual y propone que lo particular es lo más valioso. El sentimiento nacional y el sometimiento personal parecen alternativas viables frente al deber de compartir la sociedad democrática con una burguesía incompetente. El fascismo promete mayor participación de las personas porque en su visión el liberalismo deja gobernar solo a la burguesía para sus intereses, mientras que, si el líder tiene el poder, lo hace realmente en nombre de la nación, uniforme.

El rechazo y el desprecio de la democracia es rampante y es algo fácil de hacer. En sus fundamentos está dejar a las personas criticar libremente. La posibilidad de criticarla es tanto una amenaza para su subsistencia como una forma en al que continuamente puede mejorarse. Esta solo una de sus virtudes y aunque pueda volverla volátil y sujeta a pasiones transitorias, es también por eso que vale la pena defenderla.

BIBLIOGRAFÍA

**Bender**, T. (2011) Historia de los Estados Unidos. Una nación entre naciones. Buenos Aires, Siglo XXI.

**Bobbio**, N., (1987) *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político*. Fondo de Cultura Económica: México.

**Eley**, G. (2003). Un mundo que ganar: historia de la izquierda en Europa. Barcelona: Crítica

**Evans**, R (1991) “Ascenso y triunfo del nazismo en Alemania”. En, Cabrera y otros (comps.). Europa en crisis, 1919-1939, Madrid, Pablo Iglesias,

**Furet**, F. (1995). El pasado de una ilusión. México: FCE.

**Hobsbawm**, Eric (1998) La era del capital, 1848-1875, Barcelona, Crítica

**Jones**, H.S. (2011). “Las variedades del liberalismo europeo en el siglo XIX: perspectivas británicas y francesas” en Jacksic, I. y Posada Carbó, E., Liberalismo y poder. Santiago de Chile: FCE

**Kolakowski**, L. (1980) Las principales corrientes del marxismo. Su nacimiento, desarrollo y disolución. Vol. II: La edad de oro

**Lenin** (1997). El estado y la revolución. Madrid: Fundación Federico Engels.

**Marx**, K. y Engels F. (1964) El manifiesto del Partido Comunista. Editorial Lenguas Extranjeras,

**Mill**, J.S. (1985). Consideraciones sobre el gobierno representativo (1861) Madrid: Tecnos.

**Tocqueville**, A., (1987) La democracia en América, (1835-1840) México, FCE, 1987.